

FELIZ REENCUENTRO:

EL PROGRAMA JOOSS

El reencuentro con las viejas creaciones coreográficas de Jooss es siempre admirable, porque se descubre lo que se sabía y se temía haber perdido: la perfección artística, severa e impecable, de ese gran creador del siglo. Cuando se anuncia *La gran ciudad* y *La mesa verde*, se concurre al teatro con algo de aprensión y aún se anuncia a los amigos que no los conocen que si bien son obras admirables quizás resulten envejecidas: se temen esos casi treinta años que han transcurrido desde su creación y que por ser los últimos son los más crueles con las creaciones artísticas. Pero el milagro vuelve a producirse, y tanto los que recuerdan las interpretaciones originales del ballet Jooss allá por 1940, como los que las descubren por primera vez, se sienten arrastrados por su poderosa invención dramática, por la concisión e intensidad de su línea argumental, por lo simple, sobrio y exacto de su coreografía.

Tantísimos ballets, y de los más singulares y artísticos, se desvanecen cuando se les oponen estas dos obras tan decididamente desnudas, que parecen demostrar lo que no por sabido es menos cierto: que en cualquier arte lo primero que muere o envejece lastimosamente es la decoración, la pompa que lo rodea, por agradable y brillante que sea. Jooss los creó en una época de la danza alemana caracterizada por su vocación adusta, por su rechazo de todo lo que podía considerarse aparatoso o bonito; cuando se buscaba salir de los cuentos románticos que aún sobremorían en el ballet, y oponerles una visión de la realidad inmediata en pequeñas historias verídicas cargadas de un profundo sentido humano.

Es así que crea *La gran ciudad*, donde se enfrenta un mundo proletario simple y veraz, a un gran mundo frívolo y corrompido, y entre ambos se establece la vieja historia de la seducción amorosa: son los trajes comunes estilizados, una sabla técnica de movimientos que hace pasar insensiblemente del gesto natural al gesto de la danza, una armonía muy pudorosa de los contrastes que le permite sustituir un baile libertino por un baile popular por un proceso gradual que opera como una ejemplificación moral. La primera escena, en que aparece esa calle de toda ciudad donde se mezclan los hombres de todas las clases, es un modelo de pericia coreográfica, y es intensa de color, con un ritmo claramente marcado que le hubiera envidiado Walter Rhotman.

Pero la gran creación sigue siendo *La mesa verde*. Es también una historia repetida: aparatosa oratoria de diplomáticos en torno a la mesa de conferencias, contrastada con el horror de la guerra que aquellas palabras inician. En ocho breves escenas, Jooss orquesta en la forma más sumaria y efectiva posible las diversas situaciones de la guerra: con seis bailarines logra la visión rítmica de un campo de batalla estilizado; con otras tantas mujeres la desolación de las refugiadas; la escena del burdel revela las enormes posibilidades expresivas de la danza moderna para transmitir ceñidamente realidades y estados de alma; pero es la invención del personaje de la muerte donde se demuestra el acabado talento dramático de Kurt Jooss porque nunca se consiguió en el ballet expresar la fiera contenida y la trágica grandeza de este ser misterioso y seguro.

El uso de la iluminación, los trajes sencillos sobre colores lisos, una música servicial y oportuna ya que no valiosa en sí, están aprovechados con sagacidad. El Ballet Nacional Chileno que es el único que conserva en su repertorio estas creaciones, las sirve con esmero. Patricio Bunster, Heins Poll, Virginia Roncal, María Elena Aranguiz, Hans Züllig, Lola Botka y Joachim Frowin desempeñan sus papeles con solvente corrección.

El programa se completó con el *Capriño vienés*, un ballet juvenil de Uthoff sobre vals de Strauss, que tiene un encanto simple y fresco, y cuenta con un excelente vestuario, y la "Fantasía" de Schubert, que ya comentamos.